

que, tratando de derribar el nuevo idolo y el anciano demonio, ultrajaba á los vivos y á los muertos.

En este momento el alma de un monje que Lutero habia descarrado por un momento, volaba desde su celdilla al seno de Dios: era el alma de Staupitz, reconciliado con la Iglesia.

¡Gloria y paz á su memoria!

Y no solo el dogma, sino hasta las insignias del catolicismo, las candelas de la guerra, y los libros abdicados de la guerra. El que dieron los católicos como las cruces, las imágenes, las estatuas de los santos y las pinturas, y proscribió la sola eclesiástica y el hábito monacal. A la entrada de Campeggio en Nuremberg, vino con su bendición y el pueblo se rio y burló. Los príncipes, que estaban en las postreras de la ciudad de Nuremberg para recibirle, le rogaron se despojase de las insignias de su dignidad, temiendo que se convirtiese en un símbolo de la guerra.

CAPITULO XXII.

NUREMBERG Y RATISBONA.—1523-1524.

El Legado Campeggio en la Dieta de Nuremberg.—Fisonomía de los Estados.—Decreto de la Dieta.—Protestacion de Lutero contra sus órdenes.—Los católicos se reúnen en Ratisbona.—Liga de príncipes reformados.—Lutero sostiene que debe contribuirse para la guerra contra el turco.—Inconstancia de sus palabras.

En 1524 los Estados se reunieron de nuevo en Nuremberg. Clemente VII sucede á Adriano VI. La guerra desolaba la Italia; donde dos príncipes se disputaban el imperio del mundo: Carlos V y Francisco I. El Papa habia hecho alianza con el Rey de Francia para defenderse de las armas del Emperador. Estas revueltas ocupaban el pensamiento y favorecian los progresos de la Reforma. Carlos fue mas feliz que su rival: habiéndole vencido, Clemente VII no tuvo mas recurso que arrojarle en brazos del vencedor. El Emperador le prometió terminar los disturbios religiosos de Alemania. El Papa eligió para que le representase en la Dieta al Cardenal Campeggio, hombre de cabeza y de carácter, hábil teólogo, orador ejercitado, admirador y amigo de Erasmo. Mas los espíritus se irritaban de mas en mas en Alemania. El luteranismo cada dia ganaba mas fuerzas, y como crecia en poder, así se aumentaba su atrevimiento.

Ya no solo el dogma, sino hasta las insignias del catolicismo, les causaban disgusto, y les hizo abiertamente la guerra. El fue quien en los caminos reales volcó las cruces, las imágenes, las estatuas de los Santos y las pinturas, y proscribió la sotana eclesiástica y el hábito monacal. A la entrada de Campeggio en Augsburgo quiso dar su bendición, y el pueblo se rió y burló del Prelado; los príncipes, que estaban en las puertas de la ciudad de Nuremberg para recibirle, le rogaron se despojase de las insignias de su dignidad, temiendo que el pueblo le dirigiese algún insulto. Campeggio, pues, se vistió con el traje secular, y entró en Nuremberg sin ningún aparato ni pompa. El Cardenal creyó encontrar al elector Federico, aquel á quien por encargo del Papa debía entregar una carta llena de benignidad. Confiaba el Cardenal en su clemencia, y creía que podría atraer á este príncipe á favor de los intereses de la Iglesia católica; pero el príncipe estaba ausente. Espidió el Breve, y aun no se sabe la respuesta del elector.

A los dos días fue recibido el Cardenal en audiencia solemne por los príncipes y diputados de las villas imperiales. Estaba preparado; su arenga no careció ni de astucia ni de habilidad. La pintura que hizo de los males causados á la Alemania por las nuevas doctrinas, y del porvenir que ellas le preparaban, fue una pintura viva y profética. Nada dijo del Concilio nacional que habían reclamado los Estados con tanta instancia, y en cambio procuró estenderse en las quejas ó agravios cuya satisfacción habían reclamado los Estados; y prometió en su nombre que él haría justicia á las quejas y escucharía las súplicas, bajo la condición de que los Estados suprimiesen de la relación de agravios algunos artículos que atacaban á la autoridad pontificia y á los derechos de la Iglesia.

Las fuerzas de los dos partidos estaban distribuidas de este modo en la Dieta: por parte del Legado podía oírse la voz del archiduque Fernando, hermano y lugar-teniente

del Emperador; la del duque de Baviera, la del Cardenal-Arzbispo de Salzburgo, la del Obispo de Trento, y la de otros príncipes seculares y eclesiásticos. La mayoría estaba formada por los diputados de las ciudades, afectos todos al luteranismo. La discusión fue larga y acalorada: el embajador de Carlos V insistió sobre la ejecución del edicto de Worms, y amenazó á los Estados con la cólera del Emperador. Los príncipes luteranos hubieran querido que en aquel mismo día se hubiese proclamado la libertad de conciencia, ó, en otros términos, la rebelión contra el edicto imperial: se adoptó un término medio. La Dieta decretó que debía convocarse, con consentimiento del Emperador, un Concilio general en Alemania, para terminar las diferencias religiosas; que habría una nueva Asamblea en Spira el día de San Martín, en la cual los Estados generales, después de haber hecho examinar por hábiles doctores las doctrinas de Martín Lutero, para que declarasen aquello que debería conservarse ó condenarse de las mismas, se formularia el decreto. Teniendo en cuenta la decisión del Concilio, prometió examinar, y, si fuese posible, corregir en algunos puntos la esposición de *Centum gravamina* contra la corte de Roma, y por obedecer al Emperador procurar se llevase á cabo la ejecución del edicto de Worms.

La Dieta estuvo absurda; conmovió todas las conciencias, dió de nuevo á los legos el derecho de juzgar las doctrinas que la Santa Sede había condenado, y á los vasallos de Carlos el poder de desobedecer un rescripto imperial. Admitía el decreto de Worms como una ley del imperio, y provocaba á la Alemania á recobrar su libertad. Los Estados se constituyeron en jueces en puntos de fe y de legislación, y por una contradicción manifiesta absolvieron y condenaron á Lutero, aprobando el edicto de 1520, en que había sido declarado hereje, y prescribiendo un nuevo exámen de su doctrina en Spira. El Legado protestó,

y el embajador de Carlos V declaró que llevaría sus súplicas á los pies de su amo.

El Emperador estaba ausente: habiéndole enterado el Papa de la resolución de la Dieta, y el desprecio que habian hecho de sus órdenes y de las decisiones de la Iglesia, irritado Carlos dirige á los príncipes alemanes un rescripto, donde les amenazaba con la pena de muerte á cualquiera que desobedeciese el edicto de Worms. Esto no pasó de ser una amenaza, de que los Estados no hicieron un gran caso.

El luteranismo no se alteró; seguía con la cabeza levantada, afrontando al Papa y al Emperador, proclamando sus creencias, y forzando las puertas de las iglesias cuando no se le querian dar las llaves. Magdeburgo, Nuremberg y Francfort abandonaron públicamente las formas del culto católico: en Magdeburgo se amotinó la plebe el 24 de junio de 1523, é intimó la orden al magistrado civil de cercar los conventos, de prender los eclesiásticos, reconocer los ministros enviados de Wittemberg, y establecer la comunión bajo las dos especies; y los magistrados, que no tenían fuerza con que poder resistirse y hacer ejecutar el edicto del Emperador, hicieron por obedecer á esta plebe desenfreada y fanática. Los caballeros ofrecieron seriamente á los vecinos de Nuremberg que si querian sostenerlos, no dejarían una cabeza de Obispo en el espacio de veinte millas. En Neustadt los luteranos tendieron al capellán de Fernando una emboscada, y cometieron con él la horrible mutilación de sus partes genitales. Aun no estaba Lutero satisfecho del edicto de la Dieta; lo había enfurecido. Jamás asamblea política alguna había sufrido un castigo como el que le impuso el monge sajón. Si en la asamblea hubiera habido una gota de sangre alemana, Lutero hubiese sido entregado al poder del imperio para castigar su insolencia.

Los príncipes católicos se asustaron. El reformador,

seguro en Wittemberg, se embravecía contra el Papa y el Emperador: sus doctrinas ganaban terreno. Desde la alta Sajonia se estendieron á las provincias setentrionales, estableciéndose despues, ora por fuerza, ora de grado, en los ducados de Luneburgo, Brunswik y Meclenburgo. La Pomerania, Magdeburgo, Brema, Hamburgo, Vismar, Rostockles, habian abierto sus puertas, atravesado el mar Báltico, é invadido la Livonia: despues bajaron á Prusia, donde el marques Alberto de Brandeburgo, gran maestro de la orden Teutónica, les habia dado un asilo, y donde el Obispo Jorge las habia confesado públicamente en el momento de contraer matrimonio. Los dos cultos se alzaban el uno á presencia del otro. El luteranismo queria luchar de poder á poder con el catolicismo: de oprimido se convirtió en opresor. No se contentaba con edificar templos, sino que ocupaba las iglesias católicas despues de haber destruido las imágenes; reunia á campana tanida los evangelistas, para que acudiesen á las ceremonias; desde el púlpito tronaba contra la supersticion de una Religion que él decia estaba muerta para siempre, envanecido de haberla herido mortalmente. Los príncipes católicos, por interes de la fe amenazada, ó por temor de perder su corona, comprendieron la necesidad de unirse estrechamente. Tres de ellos formaron una liga en Ratisbona; á saber: el duque Willhem, el de Baviera y Fernando de Austria. El 6 de julio de 1524 los Arzobispos y Obispos de Salzburgo, de Trento, de Bamberg, de Spira, Strasburgo, Constanza, Bale, Freisingen, Pasau, reunidos á los príncipes, concluyeron un tratado de alianza, en que declaraban «que el edicto de Worms contra Lutero y sus secuaces debia observarse como una ley del imperio, que nadie se atreveria á contradecir, ni en la administracion de los Sacramentos, ni en las ceremonias, ni en los preceptos y tradiciones de la Iglesia católica. Que los eclesiásticos que se casasen y los monges que apostatasen, serian castiga-

dos con todo rigor con las penas de los cánones; que se debería predicar el Evangelio conforme á la interpretacion de los Santos Padres y de los Doctores; que todos los que estudiasen en Wittemberg serian obligados á abandonar aquella Universidad en el término de tres meses, bajo la pena de confiscacion de bienes, y que los que hubiesen hecho allí sus estudios no podrian jamás poseer beneficios. Que los emigrados luteranos no encontrarian asilo en los Estados de la Confederacion, y, como una de las cláusulas del tratado, á todo principe que se le atacase debería dársele por los demas socorro, asistencia y el mas cumplido auxilio. El Legado, que asistió á esta conferencia, pidió, en primer lugar, que se satisficiesen las justas reclamaciones de los Estados de Nuremberg contra ciertos abusos introducidos en el clero. Hizo ademas publicar una Constitucion con 35 artículos, á fin de arreglar el régimen eclesiástico, la administracion de las parroquias y la oblacion de diezmos. Algunas de estas disposiciones retratan las costumbres de la época; por ejemplo, en un artículo se dispone que los eclesiásticos vistan un hábito decente y se aparten de los negocios mercantiles; en otra se les amonesta dejen de acudir á las tabernas y de disputar sobre la mesa, entre los vapores del vino, sobre las materias religiosas. Seckendorf ha visto en este coloquio de Ratisbona una asonada, que conmovia á toda la Alemania; ¡como si el catolicismo, despojado, perseguido, sin poder alzar sus imágenes en las catedrales erigidas á sus espensas, predicar á los pueblos que él habia convertido á la fe, debiese sufrir el saqueo de los que llamaba Lutero bestias de la arena, el populacho y los grandes! Un hombre corre al martirio sin quejarse; un culto tiene otra mision; la mision de vivir. Si quereis darle la muerte, él volverá á brotar en nombre del mismo que le dió la vida. Véanse aquí dos profecías: la una de Jesucristo, que prometió á su Iglesia no abandonarla mas allá

de la consumacion de los siglos; la otra de Lutero, que señaló el término en que Dios cesaria de prestar su ayuda al catolicismo. Creyeron los principes luteranos que habia llegado el momento predicho por el cenobita, y trabajaban por que se cumpliese el oráculo. Todo era bueno contra la anciana fe de la Alemania: la burla, el ultraje, la persecucion, el robo, el destierro; y se admiraban de que un culto cuya hora habia sonado alzase su frente y estrechase entre sus manos una tierra anegada en la sangre de sus mártires. ¡Como si la violencia no favoreciese bastante la obra de la Reforma, se recurrió tambien á la calumnia! Un miserable vicecanciller del duque Jorge, llamado Othon Paek, se enveñecia de haber sorprendido el secreto de su amo, y fabricó un proyecto de conspiracion, que se atrevió á sellar con el sello del mismo principe. El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse iban á venir á las manos, cuando la mentira de Othon Paek fue descubierta. Mas la Alemania se conmovió: el pueblo, fanatizado, creyó de buena fe un atentado contra la vida de sus señores y de sus creencias religiosas. Se designó la falsa conspiracion con el nombre de liga de Pasau, que los historiadores conservan como una realidad; liga que hoy se tiene en poco, si el espíritu de partido no tuviese interes en defender su veracidad, ni mas ni menos que la de otras muchas fábulas que nacen diariamente cuando se quieren sublevar los ánimos populares.

Los principes luteranos hicieron admirablemente su papel; fingieron, simulon el miedo, y aparentaron que creian las revelaciones de Othon Paek. Entonces se les vió tener asambleas en medio del dia, en las cuales escitaban al desorden. Lutero, desde Wittemberg, aplaudia este valor de aquellos que llamaba hijos de la luz. Hijos de las tinieblas llamaba él al duque Jorge, al duque de Baviera y á los católicos que obedecian las órdenes del Emperador. La obediencia se trataba como rebelion por los reformados, y la